

Clásicos se pisan los talones

Mario Córdova



Un fenómeno muy inusual se está dando en las presentaciones de las principales orquestas de nuestro medio. La Orquesta Sinfónica Nacional, que tradicionalmente actuaba en su sede de la Plaza Baquedano los días viernes y sábado en horario vespertino, ahora lo hace en una sola fecha: los sábados a las 13 horas. La Orquesta Filarmónica de Santiago, que se presentaba en el Teatro Municipal dos días de semana sucesivos, también en horario vespertino, adelantó el reloj y amplió la agenda a cinco días, que parten y terminan en día sábado a las 17 horas. Así pues, ya en más de una ocasión, en un mismo día (sábado) y con escasas horas de desfase, pisándose los

talones, estas agrupaciones se han encontrado con público presencial.

En la fecha más reciente de esta doble presencia diaria la Sinfónica Nacional, conducida por el venezolano Rodolfo Saglimbeni, su Director Titular, brindó una jornada de lujo, con la Sinfonía N° 1 de Ludwig van Beethoven y la Sinfonía N° 8 “Inconclusa” de Franz Schubert. Si tan buenas fueron las interpretaciones, igualmente buenas fueron las explicaciones e ilustraciones previas a cada una realizadas por el director. Su conocimiento sobre las profundidades de una y otra obra se reveló rotundo en las palabras y la pericia de su batuta, sabiendo entrar al alma profunda de quienes



JUAN MILLAN.

quieren expresar desde la más traviesa alegría a los más íntimos sentimientos. Todo sin partitura.

El programa de la Filarmónica, dirigida por Rodolfo Fischer,

tenía el justo nombre de “Contrastes”, ya que la terna de obras que lo integró apuntaba en muchas direcciones, con “Equinoccio” de Leni Alexander, el Con-

cierto para trompeta de Joseph Haydn y la Sinfonía N° 2 de Johannes Brahms.

La primera pieza, chilena (1962), no es de fácil lectura, dado su carácter atmosférico y episódico, con un desarrollo celular de temas fugaces. Si hubiese tenido explicaciones al estilo Saglimbeni, otro gallo había cantado en la fría audiencia.

El concierto de Haydn ordenó las cosas con su clasicismo vienés y el virtuosismo del trompetista Rodrigo Arenas, magnífico él y magnífico el marco orquestal acompañante en las buenas manos de Fischer.

La sinfonía de Brahms fue de menos a más, ascendiendo desde un primer movimiento con algunas deudas a un victorioso final.